

Comienza planteando la situación de los seres marginados étnicamente como es el caso del indio, el mestizo, el negro y el mulato. Establece sus características propias y aquellas que los llevan a diferenciarse entre sí. Cada uno de estos grupos humanos han surgido en diversos medios que condicionan su evolución o decadencia y de los que se derivan los rasgos que los distancian. El racismo, la explotación, la insalubridad, el analfabetismo son males que hostigan a todos, pero no todos reaccionarán de la misma manera ante ellos. El autor indaga las causas tanto en las configuraciones étnicas como en el ambiente social donde se han instalado.

Morales Padrón dedica un punto aparte al tratamiento de las causas religiosas, que a la vez que diferencian a los negros de los indígenas, conforman en ambos una mentalidad muy particular, en la que el catolicismo se mezcla con sus creencias originales dando por resultado un sincretismo, que para el blanco será superstición. Esta amalgama de cultos dotará a algunas novelas de un ambiente de irrealidad, de una atmósfera mágica donde el mito será el verdadero protagonista.

Junto a esta gran característica surge otra igualmente importante que vertebra casi toda la narrativa hispanoamericana: el tema de la violencia. Esta estuvo presente desde el comienzo de la historia americana y a través de los años se ha enquistado en dos grandes vertientes: la violencia oficial y la contraviolencia, es decir la implantada por el Estado y la orquestada por la «subversión», una de cuyas manifestaciones será la «guerrilla».

Aún dentro de los problemas sociales, Morales Padrón hace referencia a los desplazamientos humanos y especialmente a la emigración mexicana hacia EE.UU., los llamados «espaldas mojadas», que tendrán que enfrentarse con la angustia de vivir ilegalmente, soportando bajos sueldos y sufriendo los prejuicios raciales.

Con respecto a los dilemas económicos la dependencia que deriva del intervencionismo es lo que más arduamente ha registrado la narrativa hispanoamericana. El autor dedica una parte del capítulo a exponer las cuestiones históricas de las que se derivarán los conflictos, para luego centrarse en los dos tipos principales de novelas que surgirán a partir de ellos: las novelas de las compañías fruteras y las novelas de las minas.

En el tercer y último apartado se aborda el tema político. Aquí Morales Padrón desarrolla uno de los motivos quizá más divulgados dentro de este tipo de literatura: el de la dictadura. Señala tres grandes grupos de poder totalitario: los caciques, el militarismo y el dictador propiamente dicho. Sin embargo la figura del dictador es la que más resalta, no sólo por las posibilidades narrativas que de este personaje se desprenden, sino también por todos los fenómenos que genera. Así se van analizando sucesivamente la eliminación de la oposición, el fraude electoral, la corrupción, el soborno, el continuismo, el entreguismo, la adulación, el engaño, la mitificación, etcétera.

Por último Morales Padrón rastrea las expresiones literarias que han surgido de casos tan concretos como el del Canal de Panamá y el problema de Puerto Rico.

No es esta una obra objetiva en el sentido impersonal del término. Morales Padrón expone su propia postura y muchas veces las largas disquisiciones van más allá del simple planteamiento y análisis de los temas para convertirse en juicios personales sobre cada hecho histórico concreto.

Este libro es, como lo define el propio autor, un libro abierto en el aspecto más amplio. Debe tenerse en cuenta que el camino que Morales Padrón ha recorrido no

ha sido desde la literatura hacia la historia sino a la inversa. Es decir que no se analizan en las novelas hispanoamericanas los problemas históricos que éstas han desarrollado sino, por el contrario, partiendo de ciertos temas específicos que el autor ha preseleccionado, se busca en las ficciones ejemplos de las diferentes reacciones que han suscitado. Es por esto que falta la mención de muchas novelas importantes y abundan en varios casos novelas de poca trascendencia estética. Por otra parte no se intenta abarcar la historia americana en su totalidad, de esta manera hay conflictos concretos y países enteros que no aparecen dentro de este estudio. Sin embargo los temas elegidos están desarrollados con eficacia y logran dar al lector no iniciado una idea general de cierta problemática hispanoamericana, a la vez que lo incita a una mayor indagación, y es en este sentido en el que más positivamente puede ser considerada la obra de Morales Padrón como «abierta».

LAURA KRAUZ

Un examen español de Montesquieu*

Hay muy pocos libros en España dedicados al estudio de pensadores foráneos aunque sean éstos de primer rango. Bien es verdad que tampoco hay muchos referidos a compatriotas. Por eso acogemos con honda satisfacción esta obra sobre el pensamiento de Montesquieu en la que el entusiasmo y la simpatía con que está hecha no menoscaba el rigor crítico en ningún momento.

En primer lugar merece destacarse el orden expositivo —sistemático y esclarecedor— de tan abundante y compleja materia y que fácilmente se echa de ver sólo con leer el *Índice* del libro. Comprende éste cinco capítulos y una Conclusión subdivididos en apartados que constituyen tanto un perfecto esquema develador de la progresiva y ordenada estructura de la obra como una guía orientadora del lector. El método utilizado viene dado por la imposibilidad de intelección e interpretación correctas de una obra —bien captada por la autora— si no se la sitúa previamente en el ambiente en que ha sido creada. Y por eso el primer capítulo del libro estudia el «Contexto intelectual de los años de formación de Montesquieu» lo que recibe de ese ambiente y cómo lo asimila, lo transforma o lo supera con su creación personal ya que las distintas corrientes

* MARÍA DEL CARMEN IGLESIAS: *El pensamiento de Montesquieu*. Alianza Universidad, 1984. 409 páginas.

científicas y filosóficas de la época son determinantes en la formación y evolución de su pensamiento. En el segundo capítulo se pasa revista a «Las corrientes post-cartesianas, al spinozismo y materialismo y al sistema de Leibnitz». El tercer capítulo se detiene en «Montesquieu y la filosofía experimental newtoniana» hasta llegar al capítulo cuarto sobre «La naturaleza y las ciencias de la vida». Solamente después de estos extensos y necesarios preliminares aborda la autora en el capítulo quinto y último «La cristalización naturalista en el *Espíritu de las leyes*» en el que nos habla con minuciosidad y pertinencia de «Naturaleza humana y naturaleza física», «Naturaleza, sociedad y política», «Los atentados contra la naturaleza humana: el despotismo», «La felicidad inscrita en la naturaleza humana» y «Las leyes» y la «naturaleza de las cosas». Finalmente en su «A modo de conclusión» resume las principales tesis políticas del pensamiento de Montesquieu.

Asimismo el *Prefacio* nos informa del propósito de la autora al realizar esta obra: estudiar en profundidad las líneas directrices que han orientado y modelado el pensamiento de Montesquieu, consiguiendo demostrar cómo el pensador francés ha aplicado con éxito a su «análisis de los hechos, instituciones y valores del entramado social y político» la metodología teórica de la ciencia física. De aquí el enorme interés, entre otras muchas cuestiones abordadas en este libro, del estudio acerca de la evolución constante del concepto de *Naturaleza* en el siglo XVIII —esa peligrosa rival del creador— como instrumento polémico y secularizador que se convierte en el medio privilegiado de «laicización de la sociedad».

Asimismo, como muy bien recalca María del Carmen Iglesias, Montesquieu logra una inteligibilidad de lo real en el campo humano que hubiese sido impensable sin su formación cartesiana y newtoniana y sin sus experimentos y reflexiones sobre las ciencias de la vida. Precisamente en esta búsqueda de los orígenes científicos y filosóficos del pensamiento de Montesquieu radica la gran originalidad de este libro frente a otros estudios que sólo dedican su atención a los contenidos históricos y políticos de las creaciones del pensador francés sin relacionarlos con su formación científica. En este aspecto el libro de M.^a del Carmen Iglesias constituye una importantísima novedad pues acaso sea el único trabajo existente hasta hoy que presente un cuadro tan completo de la formación, desarrollo y madurez del pensamiento de Montesquieu. Que por algo ha recibido la autora el premio «Montesquieu» correspondiente al año 1985, que anualmente otorga la Academia de Burdeos al mejor trabajo de investigación sobre este pensador.

Por otra parte no deja de tener gran atractivo el seguir el caminar del pensamiento de Montesquieu que en tantos casos retoma lo ya dicho y lo actualiza de nuevo. Particularmente muchas cuestiones ya planteadas en el Renacimiento y en especial claras reminiscencias de Montaigne surgen con nuevo brío en las meditaciones del barón de La Brède. Lo que nos trae a la memoria el acierto de Paul Hazard al decir que de vez en cuando hay que volver a empezar. «Claude Bernard —precisa— no hace sino volver a Bacon. Todo ocurre como si las mareas recubriesen de siglo en siglo, de generación en generación, las islas descubiertas y como si, cada vez, hubiese que descubrirlas de nuevo, con gran gasto de trabajo y de inteligencia».

Otro gran mérito de este libro reside en la actitud objetiva y equilibrada de la autora. No adopta esa postura tan al uso de querer no ya minimizar, sino pasar por alto todo lo polémico e inconformista de un autor, que es precisamente lo más importante de su obra y gracias a lo cual ha alcanzado interés imperecedero. María del Carmen Iglesias ha sabido poner de relieve las cuestiones esenciales: el antidogmatismo de Montesquieu en una línea de evolución continuada que rechaza las causas secretas, el misterio, el oscurantismo y su convicción de que la superioridad del hombre no se explica por motivos teológicos ni metafísicos sino por la organización de su naturaleza, tesis que coincidirá con la iniciación y desarrollo de la ciencia antropológica. También pueden seguirse paso a paso las frecuentes vacilaciones de un pensamiento en una época en que la inteligencia, en su lucha por emanciparse de las ideas consagradas, debe, simultáneamente, cuidarse de no apartarse deliberada y explícitamente de la ortodoxia. Ya es bien sabido que muchas contradicciones de pensadores de otros tiempos se deben al deseo de conciliar la ciencia y la creencia.

¡Cuántas veces, a despecho del sincero sentimiento religioso del propio pensador —sentimiento de carácter exclusivamente deísta, por supuesto— Montesquieu prepara futuras audacias, dominado por las inevitables tendencias materialistas del hombre de ciencia! Y todo ello presidido siempre por una de las características fundamentales de su pensamiento: la moderación.

María del Carmen Iglesias ha sabido igualmente valorar en Montesquieu las dificultades que tuvo que vencer para romper ese «encorsetamiento estático y la proeza que supone empezar a abrir caminos aún con todas esas contradicciones» que lograrán una nueva imagen de la naturaleza física, biológica y social.

Todos estos temas nos lo va presentando M.^a del Carmen Iglesias con amenidad y espíritu crítico, sin ambigua y simplificadora premura, prefiriendo no detenerse en las ironías irreverentes sino en los argumentos científicos.

Además la autora no ha caído en la trampa de dar por sentado que idénticas conclusiones de varios pensadores proceden de idéntica evolución mental y desde supuestos diferentes tienen idéntico significado ya que la misma frase puede interpretarse de modo opuesto según quién la exprese y los motivos que hayan dado lugar a ella.

Digamos, no obstante, que hemos observado algunas inexactitudes, por ejemplo, la aseveración de que el problema filosófico acerca de la inteligencia de los animales surge en el siglo XVII cuando en realidad es muy anterior, y algunas otras —muy escasas— que muy poco representan en un conjunto tan elaborado y valioso.

Finalmente la autora ha sabido terminar su investigación exponiendo el mensaje que nos ha legado Montesquieu: su advertencia del peligro que para la libertad supone la indiferencia y pasividad políticas de los ciudadanos, primer paso para el establecimiento de las tiranías, así como la necesidad de un sistema político en que «el poder frene al poder».

Estamos, pues, ante un libro denso, ponderado, inteligente, de cuya riqueza no hemos podido dar sino una muy condensada y pobre síntesis.

OTILIA LÓPEZ FANEGO